

Diferencia y repetición en el materialismo deleuziano¹

Rafael Mc Namara

Voy a partir de una cita que resume y orienta todo lo que tengo para decir hoy. Es una afirmación que Deleuze hace en una entrevista de 1973 publicada el año pasado. Dice así: “la verdadera diferencia pasa entre lo intensivo y todo el dominio de la extensión”.² Aquí está la clave fundamental para pensar un materialismo deleuziano. Este materialismo se basa en una “física” bastante particular, que se puede entender como parte de la crítica deleuziana de la imagen dogmática del pensamiento. En efecto, la imagen clásica que la filosofía se dio de la materia y el espacio se ha construido a partir del concepto de *extensión* (sea en su versión física o geométrica, realista o idealista). Deleuze en cambio, al postular el carácter derivado de la *res extensa*, piensa la materia a partir de la *intensidad* (incluso habla de una “ciencia de la intensidad” en la misma entrevista).

Aquí sólo voy detenerme sobre el modo en que Deleuze desprende o separa esa noción del modo habitual de pensar la materia en el capítulo quinto de *Diferencia y repetición*. A partir de ahí el filósofo propone una filosofía del espacio que en cierto modo espeja la ontología del tiempo desarrollada en el capítulo dos del mismo libro, es decir, las tres síntesis temporales. El capítulo quinto sugiere, aunque sólo al pasar, que también hay tres síntesis del espacio.

Hoy me voy a concentrar sobre todo en la resonancia que existe entre esa ontología del espacio y las síntesis temporales del presente y el futuro (dejamos para otra ocasión el tratamiento de la segunda síntesis). Deleuze extrae lo fundamental de esa articulación, base de su materialismo intensivo, de un viejo debate que se dio en la física de principios del Siglo XX en torno del problema de la entropía.

¹ Ponencia leída el 29 de julio de 2016 en el Simposio “Problemas para una nueva filosofía materialista”, en el marco de las II Jornadas Nacionales de Filosofía, en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).

² Deleuze, G., en “Gilles Deleuze, Félix Guattari: entretien sur L’Anti-oedipe avec Raymond Bellour”, en *Lettres et autres textes*, Les éditions de Minuit, 2015, p. 230.

Entropía y buen sentido

El capítulo quinto comienza con una tesis ontológica fuerte:

“la diferencia no es el fenómeno, sino el más cercano nómeno del fenómeno [...] Todo fenómeno remite a una desigualdad que lo condiciona. Toda diversidad, todo cambio remiten a una diferencia que es su razón suficiente. Todo lo que pasa y aparece es correlativo de órdenes de diferencia, diferencia de nivel, de temperatura, de presión, de tensión, de potencial, *diferencia de intensidad*”.³

Para fundamentar esta tesis se propone un diálogo con la termodinámica. Esta disciplina tiene un interés particular para Deleuze. En primer lugar porque sus investigaciones parten siempre de la distinción, en un medio dado, entre un factor extensivo (por ejemplo el volumen) y uno intensivo (por ejemplo la temperatura). Luego, porque una vez despejada esa diferencia (la única que importa, recordemos la cita del comienzo), da a las *diferencias de intensidad* un rol genético. En efecto, las primeras investigaciones en torno al funcionamiento de los motores a vapor mostraron que el movimiento o trabajo se genera a partir de una diferencia entre dos fuentes de energía calórica: una fría y una caliente. Cuanto más grande sea esa diferencia, más potente será el motor. Louis Rougier, un epistemólogo referenciado por Deleuze en la página citada, propone incluso una reformulación del principio de causalidad a partir de lo que llama el “principio causal de disimetría”. Según ese principio, un fenómeno sólo puede producirse en un medio cualquiera si existe una diferencia de intensidad en al menos una de las formas de energía que recorren ese medio. Esto sólo es posible si el sistema en cuestión cobija alguna disimetría en su estructura.⁴

³ Deleuze, G., *Diferencia y repetición*, (trad. M. S. Delpy y H. Beccaecce), Amorrortu, Buenos Aires, 2002, p. 333. Énfasis original.

⁴ Cf. Rougier, Louis, *En marge de Curie, de Carnot, et d'Einstein*, París, E. Chiron, 1922, pp. 31ss. El principio es enunciado del siguiente modo: “La condición necesaria, pero no suficiente, para que un fenómeno se produzca en un medio dado: *que exista entre dos regiones de ese medio una diferencia en el factor de intensidad de al menos una de las formas de energía que se encuentran localizadas en él, lo cual no es posible sino por la existencia de una disimetría en la estructura de ese medio*” (p. 34, trad. de Gonzalo Santaya, citada en “De la disimetría como razón suficiente: Louis Rougier y la noción de intensidad”, en Osswald y Kretschel: *Deleuze y las fuentes de su filosofía II*, RAJGIF, pp. 87-94).

Este principio resulta esencial para pensar la primera síntesis espacial que, como decíamos recién, es correlativa de la primera síntesis temporal. El paralelismo entre esas dos síntesis permite incluso pensar una distribución parcial de los capítulos del libro a partir de los dos conceptos que le dan título (y esto es, entonces, lo que justifica el título de mi ponencia). En efecto, así como la *repetición* era la generatriz de la síntesis del presente viviente, aquí la síntesis del espacio es generada por la *diferencia*. Desde el punto de vista del tiempo, la repetición de casos de contracción y contemplación material aparece como la génesis de todo ritmo vital; desde el punto de vista del espacio, es la *diferencia de intensidad* la que aparece como génesis de la *extensión*. En la termodinámica, la conexión entre ambas formulaciones se puede ver en el concepto de *irreversibilidad*. Los físicos incluso hablan de una “flecha del tiempo”, que es determinada por el recorrido de los procesos energéticos. En la formulación deleuziana se trata de la síntesis del *buen sentido*, que va de la diferencia a la igualdad, del desequilibrio al equilibrio, de la intensidad a la extensión.

Para entender esto último hay que distinguir dos momentos en las formulaciones de la termodinámica clásica: primero, el carácter genético de las diferencias intensivas tal como se ve en el principio de disimetría de Rougier; pero luego (segundo momento) esta disciplina mostró que en los intercambios de energía esas diferencias tienden a igualarse. Por ejemplo, si uno mezcla dos cantidades de agua a temperaturas diferentes, la temperatura general tiende a nivelarse a un valor intermedio. La nivelación de la temperatura cuando se ponen en contacto un sistema frío y uno caliente tiene como correlato un aumento de la *entropía* total del sistema. Esta cantidad, que es el factor extensivo de la energía calórica, se puede entender como la medida del desorden de un conjunto dado. Si la diferencia de intensidad supone un cierto orden, el aumento del desorden molecular tiene como correlato una igualación intensiva. En el ejemplo anterior las moléculas de agua están ordenadas, al principio, en frías de un lado y calientes del otro. Al mezclarse las moléculas de distinta temperatura evidentemente se produce un desorden molecular que hace tender la temperatura a un punto medio. *En criollo*: si mezclás agua caliente con agua fría obtenés agua tibia, que se va enfriando a menos que se le vuelva a aplicar calor.

La verificación de hechos como ese llevó a muchos físicos a postular el estado de equilibrio como destino general del universo. Y si hay equilibrio, eso significa que no hay disimetría. Sin disimetría no hay trabajo. Sin trabajo, no hay vida.

En efecto, a nivel cósmico, si todas las diferencias tienden a estabilizarse a una temperatura media y la capacidad de generar orden a través del trabajo es finita, es posible sacar la conclusión de que el universo se dirige hacia la muerte térmica, es decir, un estado de máxima entropía. Desde el punto de vista temporal, se dice que la flecha del tiempo va del pasado al futuro porque los procesos físicos tienden al desorden y a la dispersión de la energía de manera *irreversible*.

La *diferencia* aparece entonces como generadora, pero al mismo tiempo como eliminada en aquello que genera. El aumento de la entropía aparece como el ser para la muerte de la intensidad (segunda ley de la termodinámica propuesta por Clausius). Pues bien, así como Deleuze coincide con la premisa del rol genético de la diferencia, jamás podría aceptar esa conclusión, que es la del buen sentido.

Eterno retorno de las intensidades

El *buen sentido* opera siempre una reducción de la diferencia al elemento de la representación. Desde el punto de vista del tiempo vimos que se relaciona con la síntesis del presente: es el sentido de la flecha temporal que va del pasado al futuro como de lo imprevisible a lo previsible, de la diferencia a la igualdad. En el capítulo quinto Deleuze agrega una definición más: lo que caracteriza al buen sentido es la unión de una verdad parcial con el sentimiento de lo absoluto.⁵ En el desarrollo de ese capítulo se trata de separar la segunda ley de la termodinámica como verdad parcial del sentimiento de lo absoluto que hace de ella el destino general del universo. Para eliminar ese encadenamiento el filósofo se apoya en un trabajo que es una especie de fósil desconocido de la historia de la ciencia. Se trata del libro *Principe de Carnot contre formule empirique de Clausius* de Léon Selme. Allí el autor dice, por ejemplo, que

cuando científicos que admiran a Clausius, haciendo gala de un dogmatismo abusivo, repiten su famosa sentencia: “la entropía del universo tiende hacia un

⁵ Cf. Deleuze, Gilles, *Diferencia y repetición*, op. cit., p. 336.

máximo; el mundo tiene como término un reposo absoluto, la muerte de todo”, sólo debemos ver en ello, por muy resonante que sea, una extrapolación falaz.⁶

Este trabajo recibió muchísimas críticas y pronto cayó en el olvido. Pero hoy voy a dejar eso a un lado, y me voy a detener en el argumento más general de Selme en contra de la tesis de la muerte térmica universal, que es quizá el momento más especulativo del libro.

El autor reconstruye la posición de sus adversarios teóricos en los siguientes términos. Muchos físicos consideran nuestro mundo como un sistema cerrado sobre el que nada actúa. A esto añaden las leyes de la disipación de la energía y el aumento de la entropía como principio indiscutible. De este modo el universo es condenado a llegar, tarde o temprano, al estado de equilibrio o “muerte térmica”. Según Selme, el inconveniente de este razonamiento es que considera el mundo haciendo abstracción del medio cósmico en el que está inmerso. Ese medio debe ser considerado como una fuente inagotable de energía, de diferencias de intensidad que tienen una capacidad ilimitada para generar orden y trabajo.

Contra la tesis de la muerte térmica, Selme considera que el físico escocés Maxwell estaba más cerca de la verdad cuando hablaba de “pequeños seres invisibles e inteligentes, demonios anti-destructores”⁷ que trabajan para la regeneración continua de la energía. Por ejemplo, si consideramos un gas cuyas moléculas se mueven a distintas velocidades, estos “demonios” cumplen la función de mantener separadas las moléculas veloces de las lentas. De esta manera evitan la anulación de las diferencias de intensidad y generan un trabajo medible en joules. Selme prefiere reemplazar los demonios de Maxwell “por fuerzas de gravitación que desempeñan un papel análogo al separar las moléculas de velocidades diferentes”.⁸ Esto contribuye a crear nuevas diferencias de intensidad. Probablemente consideró la formulación de Maxwell como demasiado fantástica (aunque a mí me parece extremadamente bella). Como sea, lo importante es que, al negar a la degradación de energía el rango de principio general, Selme dice que “aquello que se pierde para nosotros

⁶ Selme, Léon, *Principe de Carnot contre formule empirique de Clausius*, París, Dunot et Pinad, 1917, p. 105.

⁷ Selme, Léon, *Principe de Carnot contre formule empirique de Clausius*, op. cit., p. 135.

⁸ *Ibid.*, p. 136.

no se pierde para la naturaleza. A ella *retorna* todo lo que dejamos de lado [...] Se preparan así nuevas formas de energía potencial”.⁹

Aquí nuestro autor propone una tesis de largo alcance. Para explicarla con más claridad ofrece el siguiente ejemplo:

“la caída del agua erosiona las laderas de la montaña y pone al descubierto, aquí y allá, algunos bloques de granito; el paso continuo de los torrentes va removiendo la arena en torno de estos bloques; pronto llega el día en que éstos ya son masas elevadas que amenazan con desplomarse; [esto significa que] la degradación dio origen a energía potencial”.¹⁰

En esta descripción hay que distinguir dos aspectos diferentes: por un lado, un proceso de degradación de energía; por otro, esa misma degradación tiene como correlato la producción de un nuevo potencial. Esta virtualidad (si se me permite la traducción a lenguaje deleuziano) no tiene nada de ilusoria (la amenaza de derrumbe es completamente real, aunque no sea actual). Si bien estos procesos son dos caras del mismo fenómeno, desde un punto de vista ontológico es necesario distinguirlos. El agua que cae puede ser considerada como energía hidráulica que se desperdicia. Pero de esa pérdida aparente emerge una nueva potencia de la naturaleza en la forma de bloques de granito amenazantes. La energía que se disipa no es simplemente perdida, sino que atraviesa un espacio capaz de transformarla en energía potencial. Si tuviéramos los medios adecuados, esa energía podría ser aprovechada. Es decir que la degradación de las energías va siempre acompañada, según nuestro autor, de una “regeneración de energía utilizable”.¹¹

Mi hipótesis es que en estas líneas está el germen del concepto deleuziano de *intensidad* y su relación con la doctrina del eterno retorno. En efecto, la constante transformación de energía degradada en energía potencial permite afirmar un *retorno* de las diferencias como correlato de la degradación empírica. Al mismo tiempo que las diferencias de intensidad siguen una pendiente degradante (segunda ley de la termodinámica y primera síntesis espacio-temporal), ellas se conservan en sí mismas y vuelven al mundo como energía potencial (tercera síntesis). El principio de degradación de la energía rige el proceso de

⁹ *Ibid.*, p. 134. Énfasis añadido.

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibid.*, p. 135.

explicación de las intensidades en la génesis de lo extenso. Pero esa ley no es más que un principio empírico que tiene como correlato el principio trascendental de la *implicación* y la repetición intensiva. Cuando se confunden esas dos instancias caemos nuevamente en el buen sentido. Una vez más entonces, hay que recordar la gran divisa de este materialismo: “la verdadera diferencia pasa entre lo intensivo y todo el dominio de la extensión”.

Conclusión

Resumiendo, podemos distinguir tres momentos en el diálogo deleuziano con la termodinámica. Con Rougier y su causalidad disimétrica aislamos el momento genético, la chispa que hace posible cualquier fenómeno. Luego, en un segundo momento vimos cómo el recorrido de la intensidad en los procesos energéticos se dirige hacia la nivelación. Jugando un poco con los nombres, podemos decir que si el anterior era el “efecto Rougier”, este es el “efecto Clausius”, que corresponde a la entropía y el buen sentido que anula las diferencias. En tercer lugar está el “efecto Selme”, que nos permitió comprender otro proceso, fundamental para la filosofía de la diferencia: la anulación de las intensidades en la extensión va de la mano de una generación constante de nuevos potenciales. O como dice Deleuze, la intensidad no se anula simplemente en la extensión que genera, sino que permanece implicada en sí misma, en su propio plano, insistiendo como diferenciante de la diferencia.¹²

Ahora bien, al principio vimos que Deleuze habla de una “ciencia de la intensidad”. En la misma entrevista que citamos Guattari lo corrige y dice que una ciencia de la intensidad es algo absurdo, que lo que hay que pensar es más bien una política de las intensidades que sería al mismo tiempo una política de la ciencia y las artes.¹³ Pero en realidad el malentendido no es más que aparente. La conexión entre lo político y la ciencia de las intensidades ya estaba en el corazón del pensamiento deleuziano en *Diferencia y repetición*, donde dice lo siguiente:

el buen sentido es la ideología de las clases medias que se reconocen en la igualdad como producto abstracto. Sueña menos con actuar que con constituir el medio natural, el elemento de una acción que va de lo más diferenciado a lo

¹² Deleuze, Gilles, *Diferencia y repetición*, op. cit., p. 359.

¹³ Guattari, Félix, en “Gilles Deleuze, Félix Guattari: entretien sur L’Anti-oedipe avec Raymond Bellour”, en *Lettres et autres textes*, Les éditions de Minuit, 2015, pp. 232-3.

menos diferenciado [...]. Por consiguiente, sueña menos con actuar que con prever, y con dejar que la acción pase de lo imprevisible a lo previsible (de la producción de diferencias a su reducción). Ni contemplativo ni activo; es, sobre todo, previsor. [...] Es termodinámico.¹⁴

El oscurísimo Selme nos permitió aquí salvar a la termodinámica de su “destino clasemediero”. Pero para terminar, quiero insistir en la conexión esencial entre la “ciencia de la intensidad” y lo político. Por un lado, porque la distinción entre extensión e intensidad está a la base de casi todos los conceptos de los dos tomos de *Capitalismo y esquizofrenia*, que son los que se suelen usar para pensar una política deleuziana. Pero sobre todo porque en este momento, aquí y ahora, hay todo un *buen sentido* que insiste con la teoría de una especie de *inexorabilidad entrópica* según la cual habría una conexión causal necesaria entre una *época del consumo* y una *época del ajuste*. Básicamente, se nos dice que ese pasaje era *inevitable* y que, naturalmente, la economía se debe “enfriar”... igual que nuestros hogares. Lo que falta decir es que eso lleva a la muerte. De modo que lo que está en juego aquí no es tanto la verdad o falsedad de una teoría científica (algo que de todos modos se puede discutir y se ha trabajado, por supuesto). Pero lo realmente importante es la evaluación crítica de toda una matriz de pensamiento: el *buen sentido* que puede instanciarse tanto en la ciencia como en la política.

Contra esa imagen del pensamiento el gesto principal del materialismo deleuziano pasa por descubrir y afirmar las vibraciones intensivas ocultas en la aparente estabilidad y previsibilidad extensiva. Entonces, si bien el concepto de lo *virtual* ha sido el que más cautivó a los lectores de *Diferencia y repetición*, quizás sea en la noción de *intensidad* donde se juega el aporte fundamental de esta filosofía para pensar un nuevo materialismo.

¹⁴ Deleuze, Gilles, *Diferencia y repetición*, op. cit., p. 337.